

Después, te ocultas tú, y yo  
no doy contigo.  
CÉSAR VALLEJO

Ítaca nunca estuvo aquí, o tenía que ser otra cosa, o alguien le cambió tanto la cara que la dejó irreconocible, o es que el viaje hace que uno confunda el rumbo cuando regresa y nada conserva su nombre ni su estampa, o es nuestro recuerdo el que se confunde y aquello que vivimos se parece menos a lo que de verdad es, o alguien nos mintió y en realidad nada pudo cambiar, y nosotros esperábamos una diferencia, o es que aún no hemos terminado de volver porque algo nuestro se quedó lejos, en cada escala del viaje, producto del desgaste y la erosión, o es que de verdad esto nunca fue Ítaca, y un bello poema nos engañó cuando nos íbamos y aún tenemos la esperanza de encontrar algo distinto, menos espinas, menos lumbre en la boca, pero al volver vimos cruces al lado del camino, silencios en el borde de un río batido por la tormenta, la garganta anudada en la voz, el corazón un puño ennegrecido.

¿Qué sirenas volvieron loco a Ulises?, ¿las de los mares encantados con los que luchaban Homero, Conrad o el Sindbad de Owen; o las de estas ciudades atravesadas por el desierto y la espuma? Una vez, hablando con Negrodo Alcázar, tiempo antes aun de marcharme, me dijo: El que se va siempre vuelve, nunca deja de volver el que se va, nunca dejará de estar dejando de volver, jamás nunca estará lejos sin volver ni dejando de estar lejos en la vuelta: la vuelta es el imposible destino de los viajeros. Quizá detrás de sus palabras se escuchaban las sirenas, el canto rojamente eléctrico de sus voces, el aire plomizo lleno de heridas y azares terribles. Uno conoce el lugar del que se va, pero la verdade-

# Crónica nunca escrita sobre el PRESENTE

Eduardo Ruiz Sosa

**¿Qué sirenas volvieron loco a Ulises?, ¿las de los mares encantados con los que luchaban Homero, Conrad o el Sindbad de Owen; o las de estas ciudades atravesadas por el desierto y la espuma? Una vez, hablando con Negrodo Alcázar, tiempo antes aun de marcharme, me dijo: El que se va siempre vuelve, nunca deja de volver el que se va.**

ra voz de los viajes es la que nos dice, distancia mediante, de dónde nos fuimos: nos enseña el panorama, la herida en toda su extensión, como una frontera que nos recorre interiormente. Como el libro, el lector es otro también cada vez que se enfrentan su mirada y la página. El País es, por tanto, una semejanza con el libro: a cada nuevo vistazo sus fronteras han cambiado, su himno y su bandera son otros, sus habitantes, o muchos de ellos, antes familiares, ahora encarnan una horda violenta, un amasijo de sangre. En una ocasión, Antonio Lobo explicó que su sueño más recurrente no era el recuerdo de la guerra de Angola, sino una emborronada escena en la que unos oficiales del ejército le decían que debía volver al campo de batalla. Pero si yo ya estuve ahí, decía él en los sueños, yo

ya fui a la guerra, ya cumplí con todo aquello. El terror de la pesadilla no era el que había visto ya en los paisajes de Angola, aquella muerte y aquellos crímenes, sino la posibilidad de tener que volver a ellos, ya viejo, ya cansado, habiendo atestiguado todo eso antes, conociendo ya el falso misterio de la guerra, con el pelo lleno de canas y la barriga hinchada, con el miedo verdadero de presenciar nuevas atrocidades. Conocer el lugar al que se vuelve, escribió Gil Paz, es tan falso como conocer nuestro destino. El destino, sin embargo, continuaba el viejo Gil Paz, no es una escritura previa, sino una forma de la historia. Llamamos destino a lo que ya fue, no a lo que puede ser o lo que no ha sido. El destino es una forma de escritura que refiriéndose al futuro siempre se enuncia en pretérito.

Dame tiempo para escribir mi destino, cuando ya todo haya pasado, escribió Gil Paz. Nadie decide el final del viaje. Una vez comenzado, todo deviene inters-ticio. El regreso es, así, otra forma del viaje. La primera vez que volví, desde la frontera hambrienta y mecanizada, atravesando el desierto en una peregrinación en la que tantos quedan en el camino, petrificados en la sal y la ventisca, el destino era eso que ya había ocurrido, irrevocable, y yo volvía buscando los huesos de una memoria compartida desde la infancia. El viaje al Mictlán, al País de la muerte, a Comala, a Santa María, a las Ciudades Invisibles, al Condado de Yoknapatawpha, a la

**Hay otros viajes, los que son verdaderamente difíciles, que nunca quisiéramos empezar. Esos viajes comienzan, casi siempre, con un aviso: un mensaje, una llamada, un flaco silencio más elocuente que cualquier grito.**

Ínsula de Barataria, a las Islas Imaginarias, a Xanadú, a Mlch, a Tlön. El viaje a ninguna parte. Pero que no me digan que volver es imposible, Manuel, que no me digan que la muerte aleja y obliga a la resignación. Quizá el viajero, afincado ya en algún punto lejano, de repente consciente de que su vida transcurre en un lugar diferente y que siempre desea estar ahí donde nunca está, descubra entonces que su condición de errante no existe como clasificación en los estatutos legales modernos y que lo que él creía libertad, obligación o necesidad, ahora le otorga el nombre y la estatura de ser un inmigrante. El estatuto dice, intenta decir, que el viajero ya es un resignado. Pero no es así.

Hay viajes difíciles, Manuel, viajes muy complicados porque la ruta se afila en sus perfiles y hierre, porque es serpiente y constriñe y nos extravía sin que ello sea nuestra intención o nuestro deseo, rutas que se cortan en acantilados y cordilleras, caminos, incluso, que se ofrecen interminables y nos llevan a la extenuación. Pero hay otros viajes, los que son verdaderamente difíciles, que nunca quisiéramos empezar. Esos viajes comienzan, casi siempre, con un aviso: un mensaje, una llamada, un flaco silencio más elocuente que cualquier grito. Entonces, desesperados, rabiosos y en pleno llanto, subimos al autobús más pobre, al automóvil más viejo y

mentos, como un turista que, de alguna manera, anhela pertenecer a un recuerdo ajeno; pero volver a casa, Manuel, a la casa original, al espacio primero de la memoria, para encontrar la tumba de un hermano, que es lo mismo que la tumba de un pedazo de infancia, de un puñado de promesas, no puede ser otra cosa que la certeza de que nunca estuvimos en verdad lejos del crimen y la injusticia.

En el rostro de cada viajero se consume poco a poco el motivo de su viaje. Con atención puede uno ver el efecto de la distancia: el destino. No veremos nunca, no seremos capaces de descifrar, las palabras que explican sus motivos, pero sí es posible encontrar los rasgos de la afectación en esas miradas silenciosas, en las voces lentas o en la prisa de los brazos vacíos que ya habrán de llenarse. Pero a la llegada los mapas cambian, o cambiaron mientras estuvimos lejos. Negredo Alcázar me dijo una vez que no hay ciudad que no se desfigure constantemente, que no hay individuo que no sea otro cada vez, que no hay memoria que se preserve intacta cuando el arrabal del tiempo y la distancia arrastra sus gestos. Es así como nos enfrentamos al presente. Es la pesadilla de Valdemar: creemos que el estado de hipnosis del viaje nos salvará de ver lo que en realidad le sucede al cuerpo del presente. Pero para el viajero es más real el viaje al presente, a un nuevo presente, que el viaje al pasado. No hay suspensión porque el tiempo, como escribió Borges, pasa para los otros como también para nosotros mismos. Esperamos, al regreso, encontrar cada cosa en el sitio en donde la dejamos cuando partimos, pero el presente es movedizo y constante y nada permanece en el mismo lugar por mucho tiempo. El viaje de regreso es la conciencia de que el cambio es lo único que no desaparece.

arrancamos por el camino con la esperanza, porque el viajero siempre tiene la esperanza, de que al llegar al destino obligado todo sea un error. Pero yo, ¿te acuerdas?, tenía la certeza porque el tiempo ya había crucificado los hechos en su epidermis, porque la repetición había hecho del rumor una verdad rotunda, porque había visto en las páginas de un diario tu nombre, sin erratas ni misterios, como una luz demasiado pura que no ayuda a ver. El viaje que empieza así es un lapso, un estado, ahora sí, de espera sin esperanza. He visto tantas tumbas, he viajado a países lejanos buscando sepulcros perdidos, y lo hice con la intención de quien se aficiona a los sarcófagos más antiguos, a los monolitos y los monu-



*Julieta, hazte de una casa junto al mar y deja de soñar en la bañera que se me va la vida en tus cabellos, parte II*

¿Quién me contó su regreso a la ciudad de Orabá? Fue que a la vuelta encontró que muy poco de él había en los que se habían quedado: lo recordaban como era antes de irse, y él los recordaba a ellos en la misma manera: ninguno actualizó la imagen del otro porque el proceso comunicativo en la distancia rompió sus hilos y su telegrafía. De pronto el amigo de la juventud no era un muchacho tímido, de pronto la ciudad era más grande, las calles más atestadas y la violencia, sobre todo la violencia, más desnuda. Juró que nunca volvería a la frontera, pero con los años se dio cuenta de que esta ciudad, en el vértice del trópico y la costa, en esos páramos que ni

son desierto todavía ni son bosque ya, su ciudad era, a estas alturas, una forma de aquella frontera que nunca pudo cruzar. Entonces dijo que las fronteras no están hechas para cruzarse, ni para establecer límites entre zonas geográficas que bajo ninguna otra circunstancia podrían diferenciarse, ni siquiera para dividir o separar, sino para expresar que ahí se vive en un intermedio sin nombre, en la escala de un viaje que alguien más empezó y que nunca pudo terminar. No temas, Manuel, yo creo que todas las fronteras caen por su peso.

Recuerdo las escalas en medio del desierto, o los aeropuertos que prometían un rumbo hacia aquella otra esperanza que también acabó

rota, o las carreteras alargadas en el sudor de los viajeros, el verano eterno donde parece que todo se ha perdonado. Recuerdo la sensación de cifrar en una llamada telefónica toda la esperanza que se tiene en la vida, y recuerdo el sonido alargado de los tonos eléctricos de quien al otro lado del cordel no contestará ya nunca, la callada compañía de algunos amigos que sabían que en aquellos viajes la carga de lo perdido era más pesada que cualquier equipaje. Es entonces cuando el camino enseña que la condición del ahora señala los valores otorgados a lo que antes, cuando fuimos otros, le dábamos la consideración de crimen, traición o pedantería: todo cobra

otra dimensión y el camino no se detiene. ¿Quién está más solo, entonces? Las escalas del viaje de regreso son la pausa que permite la escritura. El viaje, así, habita los feudos del libro, y el cuaderno de notas es la parte de testimonio y testamento al que las cosas del mundo y la vida nos orillan. ¿Qué pasa con esos fragmentos del viaje en los que no se escribe nada?, ¿qué pasa con los viajes que nunca conducen a la escritura? Pero si el viaje inicial, esa ida que es el germen de la errancia, el puro corazón del nomadismo, no posee trayectorias definidas y nos permite el extravío como el grado más alto de la seducción al viajero, el regreso sólo tiene una ruta y un destino. Si el viaje de vuelta no ofrece diversidad en su geografía, en su aritmética fundamental, es en el tiempo en donde se sucede el verdadero viaje: el viaje al pasado es entonces posible, el viaje a un pasado que al mismo tiempo es el futuro de los otros.

Pero venimos de más lejos, de una distancia que ya se perdió y nos hizo perder lo que nunca tuvimos, lo que siempre soñamos con recuperar y evoca el futuro de un pasado con el que no cumplimos ningún pacto. La segunda vez volví desde el océano, la extendida llanura del tosco espejo del oleaje. Johannes Merrin, que fue marino, solía decir que había pájaros que volaban mar adentro, enloquecidos, que volaban hasta el cansancio y encontraban un naufragio, una balsa habitada por el desamparo, y que ese pájaro era para los perdidos la expresión física de una tierra cercana, una esperanza que les llenaba los ojos y el corazón, para creer, y morir creyendo, que el destino y la costa estaban cerca, sin saber que el pájaro tenía el mismo futuro que ellos: lejos de su mirada, ahí donde ya todo es siempre ese azul de los hospitales, caería sobre las aguas como una flecha

que busca el corazón más oscuro de la profundidad. Así, para el ahogado, cualquier mar está tranquilo, escribió John Barth.

El gran pájaro metálico no era señal de esperanza, sino que venía guiado por una necesidad de descanso, como la aplazada promesa de un regreso definitivo que aún no llegaría. ¿Cómo son las caras de nuestros padres, de las hermanas, de los amigos que el tiempo va alejando?, ¿qué piedras quedan en pie de las casas que hicieron el barrio de la infancia, qué árboles, qué corrientes del río?, ¿cuántas islas se hundieron, cuántas emergieron desde lo hondo?, ¿cuántos, en fin, han muerto desde entonces?

¿Murió el yo que fui en esos años que ya quedan atrás?, ¿o es que los años no quedan atrás, sino que se acumulan dentro del cuerpo y yo sigo siendo aquel que creció ahí, que se fue, que ha vuelto tantas veces sin regresar definitivamente? Entonces sé que *para que no adviertas que has muerto*, Manuel, *he de seguir hablándote*, debo seguir contándote que en el presente en el que ya no estás los viajes siguen su curso y nuestra vieja Ítaca sigue sangrando en nosotros, en ti, en la memoria que tenemos de ti, a borbotones por la garganta y los ojos, a lágrima verde e inmadura, porque una muerte así, Manuel, es una muerte inmadura, demasiado joven para ser muerte real, demasiado pronto para olvidarte. La violencia, dice Gómez Dávila, cruel ministro de la limitada esencia de las cosas, impone las normas de la existencia actualizada, nos escribe las reglas de un mundo regido por la prevalencia del control y el miedo. El miedo, Manuel, también es un arma. Institucional espectro que ronda las calles, el miedo mueve más masas que cualquier revolución. En ese regreso hubo miedo, cautela exigida por el paso amenazante de un automóvil oscuro donde viaja

la muerte. El presente exige pausa, más que nunca, para no caer ahogados en los ríos espesos que borran la memoria. Eso es lo que Ellos quieren: que estemos todos ahogados en ese silencio, en esa ausencia, que estemos tranquilos, que nadie vuelva a hablar en voz alta, que seamos ciudadanos, educados y limpios, que abramos la puerta al ladrón y demos la espalda al asesino.

Por eso, cuando volví, había hervidura y gritos, había balas y fraude y el corazón de mi familia tendido al suelo porque nos habían robado una esperanza; había silencio porque alzar la voz invoca a la venganza, y había cansancio, un cansancio ensayado desde la niñez, un cansancio que disimula la impaciencia y el hartazgo de los que amando a las víctimas sufren el abandono y la burla. Ahora, Manuel, todo el mundo es frontera: toda la ciudad es frontera y el trópico, ese cangrejo que nos invade, astronómico y desmesurado, pero terrenal y duro, abrasa a aquella lejana Ítaca a la que una vez le prometimos el regreso definitivo. Pero aunque el presente es lo que se oculta en este viaje, o aunque seamos nosotros los que lo escondemos porque el pasado y su evocación nos ofrecen consuelo y calma, es inevitable saber que lo que pienso determina lo que escribo, que lo que vivo determina lo que pienso: lo que vivo determina lo que escribo, Manuel, y en este presente escribo sobre ti como escribe un hermano que perdió a su hermano, como se escribe ese libro largo e interminable contra la muerte al que quizá, con inocencia, llamamos testimonio. Por eso el libro que habla del presente no tiene fin: se escribe continuamente y sin correcciones, se escribe como se vive porque el testimonio no permite volver a atrás, y toda escritura es una forma de la esperanza. La crónica sobre el

presente es la crónica que habla del futuro de los que nos esperan, de los que se quedan esperando, de los que nunca esperaron nuestro regreso, de los que no tienen esperanza, de los que desesperan y de todo aquello que sin el viaje y su afectación pudo ser un día nuestro propio futuro. Ese futuro de los otros es también nuestra herida, nuestro destino escrito en tiempo pasado.

El secreto de los oráculos no es otra cosa que vaticinar nuestro pasado constante, ese presente que siempre se está marchando, como la expresión mística de un futuro revelador. Pero es en el viaje donde ese destino pretérito resulta evidente: el viajero constantemente se enfrenta con su propio testimonio, ese libro escrito desde nuestra voluntad en contra de la voluntad de la muerte. Así, la crónica sobre el presente es la continua convivencia con la herida, y la herida es, por naturaleza, conjugación de presente y pasado, de destino y memoria, de sangre y plomo, de testimonio y testamento. La crónica sobre el presente, Manuel, nunca se escribe, nunca se termina de escribir: es lo que siempre está por escribirse, pero es que al final, hermano, siempre terminamos escribiendo sobre el pasado.

El presente es duelo, mucho más que cualquier pasado: el duelo es una espina del ahora, no un alejado experimento del pasado. Y es tan difícil escribir sobre el dolor, tan difícil escribir sobre el crimen y la injusticia, esas magnitudes tan poderosas en nuestro presente, porque el dolor se actualiza y vuelve a herirnos, no deja de herirnos, nos damos cuenta, pues, de que nunca ha dejado de herirnos porque nos sorprenden la añoranza y el llanto, así, de pronto, como una ola inesperada y blanca; y el crimen nos amenaza, nos persigue, por encima de todo y por debajo de las piedras, desde la distancia y

# CANCIÓN

José C. Carreño Medina

Canta poeta, que tu voz retiemble en las calles  
[desoladas; que tu melodía vespertina  
habite las ciudades enfermas de gente.

Canta poeta, que las almas abatidas añoran tu  
[cuerpo distante, que tu palabra en ruinas  
retiemble en sus centros la tierra.

Canta poeta, que los corazones invencibles ya  
[despiertan, que en el Zócalo dormido  
retiemble tu espada desnuda. **LPyH**

• José C. Carreño Medina es profesor de Lengua y Literatura Hispánica en Truman State University. Es autor de *Vigilias* (Eón Ediciones, 2014), *Serpientes y escaleras* (Verbum, 2015), *Guerra de palabras* (Tintanueva, 2016) y *Como si fuese a dejar la tierra* (Lacre, 2017).

el anonimato más nombrado, nos busca veloz y traicionero, el crimen, y a veces, Manuel, nos encuentra. Pero entonces recuerdo a Johannes Merrin, aquel navegante borracho y loco, que decía: No te escondas del recuerdo porque el recuerdo se esconda de ti; no busques el olvido porque el recuerdo sea un cuchillo y no una caricia. Eso es, al final, la verdadera crónica sobre el presente: la aceptación de ese filo feroz que siempre llevamos clavado, Manuel, de que

hoy en nuestro tiempo, como dijo Gonzalo Rojas, todo está escrito por el cuchillo. **LPyH**

• Eduardo Ruiz Sosa (Culiacán, 1983) es profesor en la Facultad de Historia de la UAS. Estudió Ingeniería Industrial y es doctor en Historia de la Ciencia. Premio Nacional de Literatura Inés Arredondo 2007. Su primera novela, *Candaya*, fue finalista del Premio Chambéry.